

El frágil vuelo de los pájaros

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Algunos personajes de esta novela aparecieron por primera vez en el relato titulado «Basketball Player», publicado por *Wasafiri*, *Everything to Declare: 25 Anniversary Issue* (septiembre de 2009), vol. 24, n.º 3

Título original: *Tiny sunbirds, far away*

En cubierta: ilustración de © Ana Pez

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Christie Watson, 2011

Publicado originalmente en 2011 por Quercus

© De la traducción, Dora Sales Salvador

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-93-7

Depósito legal: M-7.894-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100 % procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Christie Watson

EL FRÁGIL VUELO
DE LOS PÁJAROS

Traducción del inglés de
Dora Sales

 Siruela

Nuevos Tiempos

*Para la familia Egberongbe,
que hizo que me enamorase de Nigeria*

Uno

Padre tenía la voz fuerte. Su voz entraba en una habitación antes de que lo hiciese él. Desde la ventana de mi dormitorio podía oírle cuando estaba sentado en el amplio jardín, o cuando paseaba hasta el aparcamiento repleto de Mercedes, o cuando se quedaba de pie junto a la garita del guardia de seguridad, o frente a la verja delantera.

Cada fin de semana colgaban de la verja carteles diferentes:

**Prohibida la venta ambulante
Solo se permiten vendedores ambulantes
si los llaman los vecinos
Prohibido hacer barbacoa en el jardín
No se admiten visitas durante la noche: recuerden,
los amigos también pueden ser ladrones armados**

Y, en una ocasión, hasta que Mama vio el letrero e hizo que Padre lo quitase después de reírse tan fuerte que las paredes temblaron, se leyó:

**Se prohíbe mantener actividad sexual
o defecar en el jardín**

Vivíamos en Allen Avenue, en el barrio de Ikeja, en el cuarto piso de un edificio de apartamentos con recinto privado, llamado Hogares para Ejecutivos Vida Mejor. Me encantaba mirar la calle desde mi ventana, a los vendedores allá afuera, recorriendo la avenida arriba y abajo, con cubos, cestas y bandejas de colores brillantes en equilibrio sobre sus ca-

bezas. Siempre estaban gritando: «*Chin-chin, chin-chin*», o «Chancletas», o «Pilas», o «Aguardiente». Todos los días, sin importar cuántos días me asomase a la ventana a lo largo de mis doce años, estaban vendiendo algo que no había visto antes: calzadores, ropa interior marca St Michael, revistas *Hello!* de importación. Me encantaba observar a las mujeres apiñadas bajo las sombrillas, con las piernas asomando por debajo como si fuesen ñames gruesos. O a los hombres con oro amarillo alrededor del cuello, sentados sobre el capó de sus BMW, y las chicas que llevaban ropa de estilo occidental rondándoles como estrellas alrededor de la luna. Las mujeres iban a las *boutiques*, y los hombres estaban todo el día entrando y saliendo de los bares y los restaurantes chinos, siempre con una mano en el bolsillo, lista para sacar algún otro *naira*.¹

De vez en cuando, Mama entraba con prisas y me apartaba de mi asiento junto a la ventana, la abría de par en par para que saliese el aire frío y entrasen el calor y los olores del mercado cercano, el alcantarillado abierto, el pescado fresco, la carne cruda, *akara*, *puff-puff* y *suya*. Los olores me daban náuseas y hambre al mismo tiempo.

—No mires a esos hombres —decía Mama—. Ojalá fuesen a gastar su dinero a alguna otra parte.

Pero no había otra parte. Allen Avenue era la calle más lujosa de Ikeja, donde estaba la mayoría de las tiendas. Si tenías dinero, Allen Avenue era el lugar donde lo gastabas. Y si eras incluso más rico, como nosotros, además vivías allí. En Allen Avenue todas las casas o pisos tenían generador. El zumbido que provocaba era constante, día y noche. En las calles de alrededor no había electricidad, la gente se iba a la cama en cuanto anochece y, según mi hermano Ezikiel, tenía demasiados bebés. Pero Allen Avenue estaba intensamente iluminada. La gente dejaba las televisiones y radios encendidas

¹ Moneda oficial de Nigeria. Se divide en 100 *kobo*. (*Todas las notas son de la traductora*).

toda la noche, para demostrar cuánto dinero podían permitirse derrochar.

— ¡Eh, eh, tú! Necesito pastillas de jabón.

— Jabón de la mejor calidad. Antigérmicos. Muy refinado, bueno para la piel. Te suavizará y relajará, Mama. Jabón muy famoso. Importado de los Estados Unidos.

Mama hizo gestos con la mano arriba y abajo mientras aquella mujer alta, con una palangana de plástico azul y blanco llena de pastillas de jabón, caminaba despacio hacia la verja de seguridad. No se dio prisa. Nadie lo hacía. Ni siquiera cuando los demás vendedores ambulantes se dieron cuenta de que Mama estaba comprando jabón. Que tenía dinero para gastar. Levantaron la vista hacia la ventana y gritaron anunciando lo que llevaban en sus cubos, cestas o bandejas: naranjas, agua mineral, carne de caza o de animales silvestres, relojes despertadores, enaguas, bolsos de Gucci.

Pero desde donde yo estaba sentada no necesitaba que gritasen.

Podía verlo todo.

Padre trabajaba como contable en un despacho lleno de ministros del Gobierno en el centro de Lagos, y tenía que salir de casa por la mañana muy temprano para evitar lo peor del atasco. Ezekiel se levantaba más pronto de lo necesario para ver a Padre antes de que se marchase a trabajar, aunque tuviese catorce años y no le gustase madrugar. Le encantaba sentarse en el lado de la cama de Padre, junto a su ropa de trabajo cuidadosamente extendida, y observarle mientras se vestía, pasarle la corbata, los gemelos y el reloj de pulsera. Mama chasqueaba la lengua con fuerza, en señal de desaprobación, sobre su almohada, antes de sacar sus piernas largas de la cama mientras Padre silbaba y le tomaba el pelo.

— Es como dormir al lado de un puñado de agujas — decía —, afilada y huesuda, dándome codazos por la noche.

Entonces Mama chasqueaba la lengua incluso con más fuerza, y a veces se pasaba la lengua por los dientes.

Desayunábamos todos juntos. Padre tomaba Solo Comida Caliente, pero tibia, lo que hacía que su norma en cuanto a Solo Comida Caliente pareciese una tontería. Ezikiel y yo tomábamos cereales, o panecillos con mermelada que Mama robaba en su trabajo en el Hotel Royal Imperial. Después de ponerse el uniforme de trabajo, que eran una falda azul marino y una blusa blanca, y pintarse los labios con un pincel diminuto, Mama preparaba el café para Padre, extradulce con leche condensada y caliente. Después besaba a Padre en la boca. En ocasiones lo hacía dos veces. Tras besar a Mama, Padre tenía el mismo color rojo en los labios y nos hacía reír fingiendo voz de chica. Padre era quien se reía más fuerte. Siempre se reía durante el desayuno, hasta que tomaba un bocado de comida, o hasta que nuestro vecino, que no empezaba a trabajar hasta las nueve, golpeaba la pared con los nudillos.

Después de que Padre y Mama se fuesen a trabajar, Ezikiel y yo nos íbamos paseando hasta la Escuela Internacional para Futuros Líderes, donde el suelo estaba tan reluciente que podía verme reflejada en él. A mi mejor amiga, Habibat, y a mí nos gustaba sentarnos junto a la fuente a la hora de comer, y quitarnos los zapatos y los calcetines, para meter los pies en el agua fría. A Ezikiel le gustaban los clubs y asociaciones: asociación de ajedrez, club de latín, club de ciencias. Pero a ambos nos gustaba la escuela. Nos gustaban los suelos de mármol, el fresco aire acondicionado y el terreno de juego, amplio, que parecía extenderse sin fin.

Fuera era casi de noche cuando Padre llegó a casa. Mi ventana estaba cerrada, el aire acondicionado encendido a la máxima potencia, pero, aun así, pude oír sus pasos, la llave en la cerradura, y cómo cerró la puerta de golpe. Ezikiel se levantó de un salto desde el lugar en que estaba leyendo sobre mi cama, dejando caer su libro de texto al suelo, donde se abrió por una página en la que se veía la foto de un hombre sin piel que ense-

ñaba las entrañas, con unas flechas que señalaban las diferentes partes en su interior: colon descendente, duodeno, hígado.

Los pasos de Padre provocaron un ruido sordo por el pasillo antes de que la puerta se abriese de golpe.

—Chicos, ¿dónde estáis? ¿Dónde estáis, gamberros?

Mama detestaba que Padre nos llamase *chicos*.

Padre se aflojó la corbata mientras Ezikiel y yo nos acercábamos corriendo y le seguíamos hacia el salón.

—Quedé el primero en la prueba de ortografía, y el profesor dijo que soy el mejor en latín. El mejor que ha tenido jamás. —Ezikiel se quedó sin aliento por hablar demasiado deprisa. Se le habían ensanchado las ventanas de la nariz.

Me acerqué más a la espalda de Ezikiel. Aunque era solo dos años mayor que yo ya me pasaba toda una cabeza. Mis ojos llegaban a la altura de la parte huesuda al final de su cuello. No pude ver cómo se arrodillaba Padre, pero sabía que lo había hecho. Se ponía de rodillas todos los días para que pudiésemos subirnos a sus hombros, uno en cada hombro, y nos levantaba hasta el techo, lanzándonos al aire. Siempre estaba de buen humor nada más llegar a casa.

Padre se levantó despacio, aparentando tambalearse, y casi dejándonos caer, pero yo sabía lo fuerte que era. Ezikiel me había contado que había visto a Padre levantar el coche con una sola mano, para que Zafi, nuestro chófer, pudiese cambiar la rueda.

Nos reímos y reímos sobre los hombros de Padre, haciéndole cosquillas detrás de las orejas. La risa voló por la habitación como un mosquito hambriento. Mi propia risa me sonaba fuerte. Apenas pude oír a Mama.

—Bájalos, por el amor de Dios; ya no son bebés. ¡Te harás daño en la espalda! —Mama salió de su habitación en bata y con los ojos rojos—. ¡Es peligroso!

A Mama nunca le gustó que nos sentásemos en los hombros de Padre, ni siquiera cuando éramos más pequeños. Decía que no le gustaba la idea de que nos cayésemos, de tener

que agarrarnos, pero yo estaba segura de que no quería que viésemos la parte de arriba de su cabeza, donde se había estirado tanto el pelo que le quedaba una zona pelona, o que viésemos el estante más alto, donde guardaba un bote de regaliz y un álbum de fotos que se suponía que no podíamos ver.

De repente, surgió el resuello de Ezikiel. Sonaba más fuerte que la televisión, donde estaban poniendo una película de Nollywood.² Sonaba más fuerte que el zumbido de los generadores. Más fuerte que la risa de Padre. El cuerpo de Ezikiel se irguió, y se golpeó la cabeza contra el techo. Le agarré del brazo.

—Mira lo que pasa —dijo Mama, corriendo hacia delante.

Padre se puso de rodillas, y yo bajé de un salto y me aparté mientras Ezikiel se dejaba caer. Ya estaba tosiendo y golpeándose el pecho. Respiraba deprisa y desacompasado. Mama se agachó y se sentó detrás de Ezikiel, sujetándole la espalda con el brazo. El color rojo había desaparecido de sus ojos y había saltado a los de Ezikiel.

—Rápido —le gritó a Padre, que se estaba poniendo de pie.

Mama acarició el pelo de Ezikiel mientras le susurraba al oído, y mecía su cuerpo de atrás hacia delante, de atrás hacia delante.

Con un movimiento, Padre abrió el cajón del aparador y sacó un inhalador azul, le quitó la tapa de un tirón y se lo dio a Mama, que lo metió en la boca de Ezikiel y apretó dos veces la parte de arriba.

El labio inferior de Ezikiel estaba azul por dentro.

—Trae la bolsa de papel que hay encima de la cocina, deprisa. —Mama volvió a apretar el inhalador. Seguía meciéndole.

Corrí hacia la cocina. La bolsa marrón que había sobre la encimera estaba llena de pimienta. Miré alrededor por si había

² Nollywood es como se conoce popularmente a la industria del cine de Nigeria. Está considerada como la segunda más grande del mundo, detrás de Bollywood (India) y por delante de Hollywood (Estados Unidos).

otra. Mis ojos no podían funcionar lo bastante rápido. Hicieron un zum por la cocina, pero todo se volvió borroso. Podía oír el ruido áspero de la respiración de Ezikiel, y notaba en mi cuello el pánico de Mama.

No había otra bolsa. ¿Qué debería hacer? Tenía doce años; era bastante mayor como para saber que la pimienta tenía que tocarse con cuidado. La miré. Estaba en perfecto estado. Respiré hondo y confié en que su picante no se hubiese filtrado, vacié la bolsa y volví corriendo.

Ezikiel estaba desplomado sobre su inhalador, Mama estaba detrás de él, levantándole, y Padre estaba detrás levantándola a ella. Padre los rodeaba a ambos con los brazos. Cuando corrí hacia él, me arrastró también a sus brazos.

Mama me cogió la bolsa marrón y la colocó sobre la nariz y la boca de Ezikiel. Pasaron pocos segundos hasta que a los árboles rojos que había en sus ojos les salieron ramas, y le cayeron las lágrimas, como hojas diminutas sobre la bolsa. La apartó.

Mama se inclinó hacia delante y la olió.

Mama me lanzó una mirada que decía: «Tonta».

No dije nada.

Padre se inclinó hacia Mama, y le acarició la cara donde el ceño se le fruncía en la frente.

—Se pondrá bien —dijo, con esa voz fuerte que sonaba tan segura.

El ceño de Mama pareció menos profundo. El brazo de Padre me agarró con más fuerza por la espalda.

Padre tenía razón. Siempre la tenía. La respiración de Ezikiel mejoró lentamente. Los árboles desaparecieron y el resuello se calmó. Mama olfateó la bolsa, después la puso de nuevo sobre la nariz de Ezikiel y solo la retiró para lanzarle unos soplidos más con el inhalador. La respiración de Ezikiel se volvió más regular y acompasada, ya no tenía la piel hundida en la garganta. Observé las ventanas de su nariz hasta que volvieron a estar chatas, hacia su cara, y hasta que el

color de su piel cambió, despacio, de luz del día a anochecer, a noche.

Padre tenía la voz fuerte. Podía oírle gritar desde el apartamento de los vecinos, donde discutía sobre fútbol con el doctor Adeshina, y bebía tanto Rémy Martin que no podía ponerse de pie correctamente. Podía oírle cantar cuando volvía de la Iglesia de la Casa de la Salvación de los Eternos Brazos Abiertos, en un autobús que llevaba estas palabras escritas en un lateral: «Arriba Jesús Abajo Satán». El canturreo llegaba a mis oídos, hasta el cuarto piso. Desde mi ventana veía al conductor del bus y al pastor King Junior llevar a Padre hasta el apartamento, porque él no podía mantenerse en pie.

Si Padre se mantenía de pie, era peor. Parecía no tener ni idea de cómo moverse sin hacer ruido, y, cuando lo intentaba, después de que Mama dijese que se le estaba partiendo la cabeza en dos, el estrépito era mayor.

Estábamos tan acostumbrados a la voz fuerte de Padre que se volvió más suave. Nuestros oídos se adaptaron y pusieron una barrera, como unas gafas de sol, cuando él estaba en casa. Así que cuando nos marchamos al mercado el sábado por la mañana temprano sabiendo que Padre estaba fuera trabajando todo el día en alguna cuenta importante en la oficina, nuestros oídos no necesitaron ponerse las gafas de sol. Y cuando Mama se dio cuenta de que se había olvidado el monedero y tuvimos que volver, nuestros oídos funcionaban bien. Oí el parloteo de las mujeres en el mercado, el tráfico y los vendedores callejeros en Allen Avenue, y el zumbido de la verja eléctrica al dejarnos entrar de nuevo en el edificio de apartamentos. Oí nuestros pasos sobre la moqueta del vestíbulo, y la llave de Mama en la cerradura de la puerta principal. Oí la puerta del armario al abrirse, cuando Eziquiel y yo fuimos directos a por las galletas.

Y entonces oí el sonido más terrible, más fuerte, que había oído jamás en mi vida.

Me dolieron los oídos, que estaban en pleno funcionamiento. Intenté ponerme las gafas, desenchufarlos, desconectarlos. Padre debía de estar en casa; le oí gritar.

Padre tenía la voz fuerte.

Pero era Mama quien chillaba.